

Luis y Luisa

Cristina FB



Capítulo 1

Luis y Luisa

—Luis, carta.

Un sobre blanco ondeó su entrada al interior de la celda.

—¿iCarta!? ¿Tú? —exclamó el Pipas saltando del camastro como si hubiese sido escupido—. Pero si a ti no te puede ver ni la madre que te parió. —Cogió el sobre para inspeccionarlo de cerca—: ¿Quién carajo es Luisa?

Saltando con agilidad desde la cama superior de la litera, Luis se situó a un lado de su compañero, la carta cambió de manos con un experto tirón limpio. La sonrisa burlona del Pipas lo siguió de vuelta al camastro.

—Una novieta, ¿eh? Qué callado te lo tenías.

—iQué no, joder!

—Ya veo, ya. —La sonrisa se le extendió hasta las muelas—. ¿Te manda alguna foto?

—Pipas, tío, que a la tipa ni la conozco. —Y, abriendo el sobre, le mostró una hoja única escrita en bolígrafo negro por las dos caras.

—iPues vaya tía pelma! —se lamentó dejándose caer ruidosamente sobre su cama.

Apenas un par de minutos después, volvió a asomar el rostro sobre el borde de la almohada de Luis.

—iHijo de puta! —Y le clavó el dedo índice en el brazo como para comprobar el punto de cocción—. ¿iA que estás haciendo la mierda esa de cartearse con gente de fuera!? iQué desesperado estás, tío!

—¿Y a ti qué te importa?

—¿A mí? —Y dejándose caer de nuevo en la cama—. Me la trae al paio.

Luisa sacó una enorme bandeja del horno con la ayuda de dos trapos de cocina meticulosamente plegados. El pollo estaba cubierto con un trozo de

papel de aluminio que dejó escapar una densa nube al ser retirado.

—Hija mía, tenemos que hablar.

La voz hizo saltar a Luisa y ondular levemente el papel de aluminio.

—¡Mamá! ¡Qué susto! —En el salón, su padre conversaba al teléfono compitiendo en volumen con la televisión encendida—. ¿Qué quieres, mamá? ¿No me ves que estoy liada?

—Un presidiario, pero ¿tú sabes el disgusto que le vas a dar a tu padre?

Luisa volvió a cubrir el asado y apagó el horno.

—Mamá, es por caridad. ¿Te imaginas la soledad y el aislamiento que puede sufrir una persona en la cárcel? Una carta puede ser el único contacto que tenga con el exterior.

—Por caridad puedes hacer otras cosas. Un presidiario, pero ¿no te da miedo? Con lo sola que estás tú hija mía.

Luisa se encaró a su madre con los brazos en jarra.

—¿Sola? ¿Miedo? ¿De qué?

La madre optó por cambiar de tercio.

—No te enfades, Luisita. Lo que quiero decir es que bastante tienes tú ya con la niña, como para andar ocupándote de otra gente.

—“La niña” tiene catorce años, mamá. —Y con un toque de tristeza—: La necesito yo más que ella a mí. Además, a Ana le parece estupendo. Incluso me ha ayudado con algunas cartas. Luis le cae bien.

—¿Así se llama?! ¡Luis! ¡Ay, Dios mío de mi vida y de mi corazón!

—exclamó santiguándose tres veces seguidas, como en una carrera.

Luisa suspiró con hastío: «Anda, vamos a poner la mesa que el pollo está listo».

«Me alegro de que estés bien. Aquí todos los días son lo mismo, incluso la comida sabe igual. Así llevo dos años y aún me quedan tres más, pero voy a pedir la condicional ...»

—Qué entretenido se te ve, pareces un intelectual ahí con tu folio.

El Pipas se sentó a horcajadas en la silla libre al lado de Luis.

—Lárgate.

—¿Ya te ha mandado alguna foto?

—Esta no es de fotos, Pipas, que cree en Dios y todo.

—¡Uy! ¡Como tú! —y sosteniéndose la barriga con las dos manos soltó una estruendosa carcajada.

—Por mí como si le pone velas a una Barbie. Escribirle me entretiene, y si estoy con esto no estoy con lo otro y en un añito me salgo de aquí.

—¿Salirte de aquí? ¿Pa qué? Lo “otro” lo tienes fuera esperándote; más fácil de conseguir, más barato y de mucha más calidad. Tú sales y estás de vuelta en menos de un mes.

—¡Qué sabrás tú! ¿Por qué no te largas a tomar viento?

—¿Y esa sabe por qué estás tú aquí?

—Pues sí. ¿Qué pasa? Por robo.

—¿Y por qué andabas tú robando? ¿Eso también se lo has dicho?

La adolescente se descolgó la mochila de un hombro para alcanzar el bolsillo interior. Las llaves bailaron alegremente dentro de un llaverito con la forma del planeta tierra.

—¡Mamá! —llamó al entrar en la casa—. ¡Otra carta! ¡Te la pongo en la mesa! —Y dejando caer sobre y mochila se dirigió al frigorífico.

Luisa bajó las escaleras con prisa.

—¿Qué tal el día? —preguntó, toda su atención centrada en abrir el sobre.

—Bien. Me han cambiado el examen de historia para el lunes y me han puesto otro comentario de texto para mañana. —La joven se acercó a su madre—. ¿Qué dice?

—Si quieres zumo coge un vaso —replicó ella sin levantar la vista del

papel.

—¡Pero si me lo voy a terminar! —Y validó su alegato con un largo trago directamente del cartón—. ¿Dice algo?

—Pues, que parece que le van a dar la condicional, hija. —Un mal contenido entusiasmo comenzó a filtrarse a través de su rostro. Las comisuras de los labios temblando levemente en un amago de sonrisa

—¡Cómo me alegro, mamá! Vais a quedar, ¿no? ¿Dónde? ¿Lo has pensado? ¿Cafetería? ¿Restaurante?

—Espera, espera, espera. —Apoyó primero la mano sobre el brazo del sofá, luego, despacio, el resto del cuerpo—. Esto es más complicado de lo que tú crees, Ana.

La joven se cuadró ante su madre y dispuso los dedos de la mano para un recuento:

—Relees sus cartas, rellenas las papeleras de intentos antes de lograr una que te convenza para mandar y te la pasas preguntándome: «Ana, ¿miraste hoy el correo?» —Hizo una pausa, apuró los restos de zumo y abandonó el cartón vacío sobre la mesa—. Además, sé lo sola que te sentías antes de empezar a cartearte con Luis. Mamá, que no soy tonta.

Luisa se puso la mano en el pecho como si le costase respirar.

—Pero si no es eso hija, es que después del ... chasco, vamos, lo que pasó con tu padre... —Ana, miró al suelo y guardó silencio—. Me cuesta mucho creer que Dios me esté dando otra oportunidad.

—Mamá, ¡por favor! ¡Qué no te estoy diciendo que te cases con él!

Luisa respiró tan hondo que los ojos se le cerraron.

—Lo sé, hija mía. Lo sé.

Luis lo vio acercarse de soslayo y se giró en el asiento para darle la espalda.

—¿Ahora te escondes en la biblioteca? Tío, aquí sí que no se me había ocurrido buscarte. —El Pipas se sentó al lado de su compañero después de arrastrar la silla estrepitosamente y, tras un vistazo rápido, se le arrimó con voz baja y seductora—: He pillado cosa rica. Buena de verdad.

—No tengo un puto duro —repuso el otro concentrando exageradamente su atención en el bolígrafo inmóvil.

—Tú te lo pierdes —apresuró decepcionado. Con un dedo comenzó a barrer los papeles y sobres apilados sobre la mesa. De pronto, algo llamó su atención—. ¿Esto es lo que te manda? Una foto de pasaporte pa un tío en la trena. Pero qué hija de puta... ¡Bah! —Y arrojó el pequeño recorte de vuelta a la pila de hojas.

Luis se encogió de hombros.

—Ya te lo dije, que no es de esas. Además, tiene una hija.

El Pipas adoptó una socarrona actitud de interés.

—¿Y el padre?

—Por lo visto se largó nada más nacer la niña. Lo único que le queda de él es su biblia; toda subrayadita y marcadita que la tenía el menda. Ella dice que, porque es una biblia, que si no la habría tirado con el resto de sus cosas.

—Ya veo. Una beatita sola y desesperada y un presidiario ladrón, drogadicto y más solo y desesperado todavía. —Y levantando un dedo añadió—: ¡Ah! Y más ateo que un escarabajo pelotero.

—Pero ¿tú qué te crees? En cuanto salga de aquí; yo por mi lado, ella por el suyo y a tomar todos mucho viento fresco.

—¡Ya! —Y mirándolo con fijeza—: ¿A que habéis quedao? —Luis le sostuvo la mirada en silencio; labios apretados, ceño fruncido—. ¿Lo ves? —Y conteniendo apenas una risotada—: Al final te endilga a la niña y todo, ya verás.

Luisa recorría la casa en un estado casi febril cuando Ana volvió del instituto.

—¡Hija! ¡Menos mal! Vístete que nos vamos.

—Que ¿qué? —clamó la joven—. Ni de broma.

—Hija, por favor. Que no quiero llegar tarde.

—Madre, tienes que ir sola. No pega para nada que me lleves a mí la

primera vez que os veis. En serio.

Luisa concentró sus fuerzas buscando una razón (la razón), que hiciese a su hija vestirse sin perder más de su valioso tiempo. Pero estaba demasiado nerviosa, demasiado cansada y demasiado ocupada para pensar.

—Ay, Anita. Hace tanto que no veo a un hombre... de esta manera.

—Os vais a tomar un café, mamá. Cuando se te acabe, si quieres, pides otro; si no te vuelves a casa. Ya está, no le des más vueltas.

—¿Ves por qué te necesito conmigo? Tú sabes cómo hacer que las cosas parezcan... normales.

La adolescente puso los ojos en blanco un momento y respiró hondo.

—Mamá, hazlo como quieras: tómate una tila o haz meditación. Pero yo no voy.

La calle está fresca y radiante. Después de tres años encarcelado, el movimiento de la gente, el sonido del tráfico e incluso el olor (mezcla de tubo de escape y comida cocinada en todas sus variedades) lo llena de energía y lo pone de buen humor.

Este es su hábitat. Todo lo que necesita le rodea a la espera del momento adecuado. Por ejemplo, un cigarro. Fumarse su primer pitillo en libertad; se pone alerta, se siente vivo, como un cazador. Apacible por fuera, avizor por dentro. La esquina de un paquete apenas asomando del bolsillo de una chaqueta. Un simulado traspiés (experto, calculado) y "pum": «¡Cómo lo siento! Discúlpeme usted». Y, como por encanto, el tabaco cambia de manos. Dobla la esquina y saca un cigarro, lo olfatea con deleite. Tabaco rubio. Palpa algo más y sonríe. Saca un mechero. La vida es bella. Paladea el sabor de la libertad en la primera calada.

Ha quedado a las tres con Luisa. Media hora para decidir si va a aparecer o no. Semáforo en verde. Coches parados sobre el paso de cebra, la gente los sortea. Luis salta sobre el capó rojo de un Renault nuevito y en dos zancadas está de vuelta en el paso de peatones. Un «¡Eeeeehhh!» indignado sale de una cabeza que sale de una ventanilla. Luis se vuelve y sonríe, le guiña un ojo. Hoy es el rey.

No le importaría ir —si invita ella al café, claro— para darle las gracias por haberse molestado en escribirle. Tampoco necesita darle más explicaciones. Que esperaba las cartas con impaciencia, pues sí (incluso, a veces, angustia). Que las releía hasta sabérselas de memoria (y se

imaginaba a sí mismo como alguien querido, escogido e importante), pues también. Que hasta se empezó a ver de forma distinta, como si tuviese algo (un potencial) que nunca nadie antes había visto en él. Pero todo eso fue dentro y él ahora estaba fuera. Dentro las cosas eran diferentes: tus amigos no son tus amigos y la vida no es vida real. Fuera es donde está el mundo, el de verdad.

Gente a su alrededor pasea por el parque; algunos de camino al lago, otros en busca de un banco libre al sol. Voces de niños jugando en los toboganes. «Pero ella no me conoce, en realidad, si lo hiciera otro gallo nos cantaría», concluye para sus adentros. «Además, ¿y si el Pipas tiene razón? ¿Y si lo que busca es un padre para la niña? ¡Joder! ¡Qué lista la tía!» y dándose media vuelta comienza a desandar el camino hasta la entrada del parque. De pronto, se detiene: «¡Bah! Tampoco es que el Pipas tenga mucha experiencia en mujeres. Al menos, no con las que no cobran». Y se gira para retomar el camino por el parque infantil.

«Seguro que si me voy a casa del Alberto me convida a todo para celebrar». Un barrio de bien; pisos bajos con entradas a jardines de césped y rosales en los bordes. «Y me ahorro las tonterías con la piba esta que no sé ni qué decirle». Luis se detiene a pensar frente a una mercería de fachada estrecha. Hace amago de darse la vuelta y el aire se le escapa todo de golpe por la nariz. Menea la cabeza y opta por seguir adelante. «Bueno, ¿qué más da? Que me invite al café, le doy las gracias, quedo como un rey y me voy a celebrar a casa del Alberto. Ya está. No se hable más». Una tienda de repuestos, una farmacia y una frutería haciendo esquina. Se asoma detrás de unos cajones repletos de sandías y melones: una calle estrecha, coches aparcados a ambos lados y enfrente un local: "Peor el remedio". «¡Joder, vaya nombre para una cafetería! ¿Por qué carajo habremos quedado aquí? Suena a sitio pijo. Seguro que te traen el café en taza minúscula con platito a juego y azucarillo». Por un momento, no consigue moverse, algo le molesta en el estómago, duda si son nervios o necesita ir al baño. Su mano aterrizó sobre la piel tensa de una sandía hermosa y así, de golpe, se siente enfadar. La rabia crece como leche al fuego que, en dos parpadeos, ha llegado al mismísimo borde y lo rebasa. Con un salto, abandona la sandía y deja atrás la cafetería a la carrera. Tienda de repuestos, farmacia y mercería. «¡Ni dinero para un puto café! Así voy ilas manos tan vacías como los bolsillos! ¡Como el desgraciado que soy!». Con la agilidad de muchas olimpiadas de persecuciones, y al compás de un centenar de «¡Joder, joder, joder!», Luis llega al barrio bien de casas bajas y hierba muy verde. Vistazo rápido a un lado, luego al otro. Salto, más que sobrado, sobre la verja metálica. Carrerita hacia los rosales: tres rosas (una amarilla y dos rojas). «¡Joder con las espinas!», se lleva el dedo índice a la boca. En dos zancadas está fuera del jardín. En el camino de vuelta a la cafetería (la del infausto nombre), decelera el paso: «Total, ya qué más da. Voy a llegar tarde y sudado de todas formas». Revisa el pinchazo en su dedo, comprueba que sigue sangrando y descubre, además, un restregón rojizo en la camiseta: «Genial». Tres

flores, más bien pequeñas, lo observan inculminatoriamente desde la mano sana; dos de ellas demasiado abiertas, la otra apenas un capullo. Todas envilecidas por el hedor a hurto. Luis, menea la cabeza y reduce un poco el paso mientras las deja caer, una a una, sobre la acera.

«Como el Pipas tenga razón... Como venga con la niña... Me largo. Por mi madre que ni entro en la jodida cafetería esa», pensó Luis mientras pasaba al lado de la sandía hermosa.